

La cicatriz

(obra de teatro)

Pedro Casariego Córdoba

1984

ACTO I

Escena 1.

Desde el punto de vista del espectador, estamos en una prisión cualquiera, no demasiado lujosa pero visitable.

Desde el punto de vista del condenado a muerte, la prisión es la única prisión del mundo y por lo tanto la más terrible de todas.

Nos encontramos en la celda del condenado. La celda del condenado es la mejor de la prisión: hay una estantería con libros, una televisión diminuta y un florero comprado en unos grandes almacenes.

Un gran cartel, fácilmente legible para el espectador, dice:

SE PERMITEN LOS REGALOS NAVIDEÑOS.

El alcaide ha mandado colocar visillos en la única ventana para tapar los barrotes, pero los visillos son transparentes y los barrotes se ven.

También ha mandado atrapar un pájaro silencioso. El pájaro sigue vivo y vive en una pequeña jaula, que puede ser azul.

El condenado a muerte es un hombre joven que no tiene aspecto de condenado a muerte, aunque no está bien afeitado. Está solo y parece muy nervioso.

Lleva el pelo muy corto. Es rubio o moreno.

La cama del condenado es muy estrecha. El condenado, que se llama Él, permanece sentado en ella durante unos 30 segundos; luego se levanta y empieza a hablar:

ÉL.- No sé por qué me han condenado a muerte. No sé quién me ha condenado a muerte, si exceptuamos al señor juez. Y no puedo creer que haya sido el señor juez, un anciano tan simpático, un doctor en leyes, casi un universitario.

Pausa.

(Al público).- El juez llevaba peluca como los jueces ingleses; era viejo y había perdido dos o tres músculos. No puedo creer que me haya condenado él, habrá sido cosa del jurado. (Se desespera). Pero no había jurado, eso sí lo recuerdo; no había ni rastro de jurado, el jurado se había esfumado, quizá ni siquiera hubo juez. Quizá me haya condenado a mí mismo, negándome a vivir. Ahora estoy casi seguro de que voy a suicidarme el día de la

ejecución: yo mismo me pondré una venda en los ojos. (El se sienta en la cama y se tranquiliza poco a poco). Me gustaría ser mago para rejuvenecer: me llevarían a un reformatorio. Y yo me reformaría, me formaría otra vez, con otra cara, con otros ojos, en otra ciudad. (Se levanta de la cama y se acerca al florero. Toca las flores; quiere coger su perfume. De repente ríe y habla). Las flores, estas flores tan bonitas son de plástico. Pero no me siento triste, así las flores se parecen más a mí y puedo olerlas sin miedo. Son como tigres sin garras, como guerras sin muertes. Voy a llamar al guardián.

El guardián llega antes de que Él llame. Oímos ruido de llaves y entra en la celda. Es un hombre fornido de unos 45 años. El público se dará cuenta inmediatamente de que el guardián no sabe hablar francés.

GUARDIÁN (muy serio; de pie frente a Él).- Usted y yo casi no nos conocemos, hablaré de mí mismo: soy uno de los hombres más humanos, un hombre bondadoso, y me divierto de vez en cuando, dentro de mis posibilidades. (Ya no está tan serio.) Los sábados. Los sábados salgo de casa, entonces bebo, cada sábado. (Mira fijamente al condenado a muerte.) Tengo un sexto sentido: sabía que usted iba a llamarme, lo supe mientras escuchaba la radio. Cuando me llama un preso que no está condenado a muerte no le hago mucho caso, pero usted es distinto porque va a morir.

ÉL (sigue de pie).- Le compraré su sexto sentido. Su bondad no me importa, no la necesito para nada, sólo quiero su sexto sentido. (Se estremece.) Tengo algo para pagarle. (Señala la jaula y al pájaro.) La jaula es mía y el pájaro es mío. Ya sé que cuando la jaula y el pájaro sean suyos será usted el dueño de una jaula y un pájaro de segunda mano, pero lo mismo me pasará a mí con el sexto sentido.

GUARDIÁN.- No confío en usted, es difícil confiar en un presidiario.

ÉL (pensativo).- Yo no quiero la bondad de los guardianes de la prisión, la bondad de los guardianes de la prisión ha muerto.

GUARDIÁN (ofendido).- Mi bondad vive, como mi sexto sentido. Mi bondad es material: cualquier peso de farmacia serviría para pesarla.

ÉL.- Las flores de la celda son de plástico, yo seré como ellas algún día. Me siento desamparado y ridículo, es como si estuviera en una fiesta, con un vaso en la mano; soy el centro de un grupo, estoy hablando de cine y no puedo parar de hablar; hay cada vez más gente a mi alrededor.

GUARDIÁN (interesado).- Siga.

ÉL (sentándose en la cama).- De pronto me veo obligado a pronunciar el maldito nombre de una actriz francesa. Y no sé francés.

GUARDIÁN (comprensivo).- Yo tampoco sé francés. (Se acerca a la cama.)

ÉL (sin escuchar al guardián).- No sé francés; mis amigos esperan que yo haga el ridículo; yo trabajo en una compañía francesa que vende toneladas de muebles, y mi jefe está un poco borracho, como usted los sábados. Es terrible.

GUARDIÁN (sin comprender del todo).- ¿Qué es terrible?

ÉL (encendiendo un cigarrillo).- Todo. Todo. La actriz francesa tiene seis apellidos, cuatro de ellos compuestos, y un título nobiliario. Todos los que están en la fiesta la conocen perfectamente: su cara, sus manos, su piel, las fotos de su palacio. Su palacio ha salido en mil revistas.

GUARDIÁN.- Empiezo a sentirme aburrido. Usted no es un hombre atento: fuma y no me ofrece un cigarrillo.

ÉL (disculpándose).- Creí que no fumaba usted estando de servicio, pero le daré el mío. (Se lo da.) Ya no sé por dónde iba.

GUARDIÁN (fumando feliz el cigarrillo de Él).- ¿Quién sabe por dónde va? (Bosteza) La historia parece soñada y la vida pide historias reales.

ÉL (irritado).- La historia es real. Vi el revólver. Era un revólver negro. Corrí hacia él. Mi jefe gritaba, me estaba despidiendo, yo estaba sin trabajo, me había quedado sin trabajo en una fiesta, un sábado, fuera de la oficina.

GUARDIÁN (conmovido).- Mi hija menor trabaja en una oficina. Y mañana tiene una fiesta.

ÉL (violentamente).- ¡Su hija, no me hable de su hija ahora!

GUARDIÁN (cabizbajo).- Mi hija está enamorada de usted.

ÉL.- ¡Claro, es lógico! (Con amargura). Las hijas de los guardianes se enamoran de los condenados a muerte.

GUARDIÁN.- No se burle. Le ordeno que no se burle.

ÉL (riéndose).- Le ordeno que no se burle. La ejecución será a las 10. Sea usted respetuoso con el juez. Espere la llegada del sacerdote. El alcaide está ocupado. Su celda es la mejor de la prisión. El ejercicio físico es imprescindible. (Se acerca al cartel que dice SE PERMITEN REGALOS NAVIDEÑOS.) Se permiten regalos navideños. (Lo arranca.) No estamos en invierno. No veré el invierno. (Vuelve a la cama.)

GUARDIÁN (consolador).- Quizá vea usted el invierno. Desde otro lugar.

ÉL.- No veré el invierno. (Con ironía.) Habré pasado a mejor vida.

GUARDIÁN (sentándose al lado de Él).- Creo que sé por qué le han condenado a muerte. No podemos estar seguros, pero corren rumores. Los rumores corren como liebres en esta prisión. Yo soy un buen cazador de rumores. Finjo escuchar la radio, pero en realidad cazo rumores, sin hacer ruido, como un apache.

ÉL (encendiendo un segundo cigarrillo).- Dígame inmediatamente por qué me condenaron.

GUARDIÁN (incómodo).- Yo no dije que supiera por qué le condenaron. Soy muy desconfiado; no confío en los rumores.

ÉL (impacientándose).- Dígame lo que sepa y pronto.

GUARDIÁN (asustado y con la mano derecha en la culata de su revólver reglamentario).- Soy bondadoso, pero cuando bebo pego a mi mujer; la pego en morse, porque fui contrabandista. Fui uno de los mejores contrabandistas de la costa sur, un mago haciendo señales.

El hombre condenado a muerte se levanta. Mira por la única ventana. Sus ojos atraviesan los visillos. Habla:

ÉL.- Veo el ruido de un motor. Oigo la fotografía de un boxeador. El tabaco no me sabe a nada. Mis sentidos se equivocan, se entrecruzan y mienten. Ni siquiera su famoso sexto sentido serviría. Ya nada queda. Márchese. Le odio.

GUARDIÁN (sin mirar al hombre condenado a muerte).- Me gusta la fotografía. Le hice a usted muchas fotos, en blanco y negro. Usted no se daba cuenta de nada. Yo le espiaba. Le he fotografiado durmiendo, leyendo, fumando, sin hacer nada. Le he fotografiado sufriendo, escribiendo una carta. Le he fotografiado mientras insultaba al alcaide. He fotografiado su espera, su incredulidad. Le he visto dudar y contar sus pasos.

ÉL (girando 180 grados).- ¡Es usted despreciable!

GUARDIÁN (cada vez más seguro de sí mismo).- Amigo mío, no hay nada de usted que yo no sepa. Sé por qué le han condenado a muerte. Sabría de memoria sus oraciones si usted hubiera rezado. Sé que le gustaría...

ÉL (alterado; interrumpiendo al guardián).- Usted no puede saber que yo quiero ser un presidiario corriente, un hombre peligroso.

GUARDIÁN (tranquilo).- Lo sé; usted quiere ser un hombre peligroso, el enemigo público número 1.

ÉL (hundiéndose poco a poco, como un gran barco).- No lo sabe.

GUARDIÁN (imperturbable).- Lo sé.

ÉL (implorante).- Usted no sabe nada de mí.

GUARDIÁN (firme).- Lo sé todo: usted se afeita cada tres o cuatro días para parecer más duro y más viejo. Necesita tener una larga cicatriz en la mejilla para llegar vivo al día de la ejecución.

ÉL se siente mejor. Busca una silla con la mirada; no la encuentra; se sienta en el suelo.

ÉL (serenándose, se toca la mejilla).- Un as en la manga: ya tengo cicatriz, una cicatriz larga y profunda.

GUARDIÁN (sonriendo).- Yo no la veo.

ÉL (en paz).- Yo sé que está, existe. No sé si creo en Dios, pero creo en mi cicatriz. Es fea a primera vista, pero los niños me preguntan cómo me la hice. Yo digo que me la hicieron con una navaja y que sangraba mucho.

GUARDIÁN (sintiéndose superior).- Aquí no hay niños. Yo no creo en su cicatriz. Soy un hombre bondadoso y tengo pocas dudas. Estoy lleno de fe, pero me río de su cicatriz.

ÉL (sigue en el suelo).- Por las noches hablo con mi cicatriz; a veces pienso que me estoy volviendo loco. Pero no estoy loco, y sé cuándo apareció mi cicatriz. Yo estaba dormido. Dormía profundamente, mi sueño era tan profundo como mi cicatriz. (Se levanta.)

El guardián permanece sentado en la cama del hombre condenado a morir antes del próximo invierno. Juega con sus llaves y con su revólver. Está limpio y bien afeitado.

ÉL (prosiguiendo después de un corto silencio).- Había muchos conejos amarillos. Estudiaban mucho para ser hombres; se matriculaban en las mejores academias y llenaban las universidades. Robaban para poder pagarse los estudios. Los policías se enteraron y seis conejos fueron encarcelados. Los conejos llegaron a esta prisión y no tardaron en morir. Pero uno de ellos tuvo tiempo suficiente para decirme que había en la prisión una mujer maravillosa que besaba a los presidiarios y dejaba cicatrices en sus caras para no ser olvidada jamás. Esa mujer me besó anoche.

GUARDIÁN (irritado).- ¡Fantasías, fantasías, fantasías que le volverán loco!

ÉL (ensimismado).- Esa mujer me besó como ninguna lo hizo antes. Había en ella tanta pasión. Pero podía ser también fría como el hielo. Y supo abandonarme sin hacer ruido, de madrugada, pasando delante de usted, desnuda.

GUARDIÁN (burlón).- Pasando desnuda delante de mí, anoche, de madrugada. Usted delira.

ÉL (sin levantar la voz).- No deliro. No he delirado nunca. Digo la verdad. Sólo deliraré si ella vuelve.

GUARDIÁN (cruel).- Ella no volverá, porque ya le conoce. Conoce su miseria. Sabe que usted va a morir pronto, y su curiosidad está satisfecha. Ya sabe cómo sueñan los condenados a muerte. No volverá.

ÉL.- Usted admite que ella existe.

GUARDIÁN (como si estuviera hablando con un niño pequeño).- Yo no admito nada, sólo hablo con un loco. Las luces estuvieron encendidas toda la noche. Yo había puesto la radio. Vigilaba esta celda, le vigilaba a usted, como siempre, como todas las noches. Estuve escuchando mi programa favorito: una hora de canciones y entrevistas. Un gran programa. Luego recordé que llevaba dos días sin hacerle fotografías. Usted tiene una cara interesante, un perfil aceptable. Cogí mi máquina y llegué arrastrándome a la celda. Usted dormía, no tiene usted conciencia. Usted dormía.

ÉL (asustado).- No. No. No. Yo estaba con ella. (Se sienta en el suelo.)

GUARDIÁN (inconmovible).- Ella nunca estuvo aquí, nunca existió. Los ladrones que le hablaron de ella mentían. (Juega con su revólver.) Hice muchas fotografías, gasté muchos rollos. Hice quinientas o seiscientas fotografías. Quizá más de seiscientas. Usted soñaba y respiraba. Usted estaba vivo ayer.

ÉL (mirándose las manos).- Yo estaba vivo ayer. La mujer maravillosa también estaba viva ayer; estaba aquí, conmigo, en mi celda, en mi cama.

GUARDIÁN (abandonando la cama y sentándose en el suelo junto a Él).- Está usted loco. Avisaré al psiquiatra. El psiquiatra es un buen amigo mío.

ÉL (ajeno al guardián).- Mi cama es muy estrecha. Ya he protestado dos veces por ello, siempre por escrito, pero nadie me ha hecho caso. Mi cama es estrechísima, terriblemente incómoda.

GUARDIÁN (con voz de tener mucha paciencia).- Su cama es como todas; aquí no establecemos diferencias. Los privilegios no existen en esta prisión. (Aquí cambia de tono y levanta la voz.) Aunque el alcaide le haya comprado a usted una televisión diminuta. (Señala la televisión diminuta.) Sus razones tendrá.

ÉL (con la cabeza entre las manos).- La cama me impide dormir y llega el insomnio. El insomnio esperaba agazapado en alguna cueva.

GUARDIÁN (profesoral).- Las medidas de la cama han sido estudiadas científicamente por un equipo de expertos. Los expertos eran alemanes y llegaron en helicóptero a la prisión.

ÉL (poniéndose de pie).- Cuando no puedo dormirme intento leer. Pero ya sabe usted que el alcaide sólo nos permite leer libros complicados. Entonces la cabeza me da vueltas y mi cama se mueve.

GUARDIÁN (con firmeza y convicción).- Las camas no se mueven.

ÉL (vuelve a sentarse en el suelo).- Mi cama es una canoa que va por el agua.

GUARDIÁN (tapándose los oídos).- Está usted loco.

ÉL (conteniendo la emoción).- La mujer maravillosa y yo estábamos juntos en mi cama. Mi cama era mayor que un campo de fútbol. Había crecido, era tan ancha como el cielo. Era más ancha que el cielo, estaba cargada de nubes y de lluvia.

GUARDIÁN (sarcástico).- Puedo asegurarle, señor condenado a muerte, que ayer no llovió en el interior de esta prisión.

ÉL (sonriendo).- Llovía; yo era su paraguas y ella era mi paraguas. Eramos felices. Sus manos recorrían mi espalda.

GUARDIÁN (sonriendo también).- Se ha enamorado usted.

ÉL (su sonrisa se debilita).- Sus manos recorrían mi espalda. Ahora sus palabras recorren mi memoria a caballo.

GUARDIÁN (su sonrisa se fortalece).- Usted quiere a una mujer imaginaria. Eso no es amor.

ÉL (ya no sonríe).- La mujer existe, tiene que existir. Me duele la cabeza, me duele la cabeza.

GUARDIÁN (metiéndose la mano en el bolsillo).- Yo estoy aquí para ayudarle. Tome una aspirina.

ÉL (cogiendo el tubo de aspirinas que le ofrece el guardián).- Estas aspirinas están envenenadas. Son aspirinas falsas. (Arroja el tubo de aspirinas contra el público, preferiblemente apuntando a una butaca vacía). Yo tampoco confío en usted.

GUARDIÁN (enfadado).- Usted no tiene educación. No creo que haya ido al colegio. No creo que haya ido al instituto.

ÉL (vuelve a sonreír).- Cuando pienso en ella la cabeza no me duele. Estábamos juntos en mi cama. Llovía torrencialmente, pero nos sentíamos muy cómodos y estábamos secos. Teníamos dos paraguas, uno cada uno; los paraguas habían sido fabricados en Hong-Kong. Ella crecía entre mis brazos y yo crecía entre los suyos. Yo era un caballo al galope, y ella era la cicatriz.

GUARDIÁN (más enfadado).- La cicatriz, siempre la cicatriz. Maldita cicatriz. La cicatriz tampoco existe, y voy a demostrárselo.

ÉL.- Ella. Mi cicatriz.

GUARDIÁN (sacando un espejo del bolsillo).- Este es el típico espejo de guardián. Funciona perfectamente y está garantizado. Es incapaz de mentir. Mírese en el espejo.

ÉL (cogiendo el espejo que le entrega el guardián).- Obedeceré. Me miraré en el espejo, no veo mi cara desde hace meses.

GUARDIÁN (voz seca, tono de voz seco).- Mírese en el espejo.

ÉL (mirándose en el espejo).- Veo mi cara, la veo bien. Sigo siendo joven, pero mi palidez aumenta, mis mejillas se retiran, mis pómulos se despiertan y se levantan. Mi cara es la de un asesino espiritual, la de un fanático que se consume pensando en el amor y la muerte. Mi cara ya no es mía; se hace más débil y más fuerte que yo. Mi cara es superior a mí, pero gime y llora. Mi cara es la de un poeta que odia la poesía. Mi cara es la de un vagabundo que odia los caminos y el polvo. Mi cara es la de un sacerdote que odia a Dios.

GUARDIÁN (despreciativo).- Usted no sabe lo que dice. ¿Dónde está la cicatriz?

ÉL (sigue mirándose en el espejo).- Veo la cicatriz; es tan larga como Italia, más profunda que el mejor filósofo. La mujer creó la cicatriz. Yo era un caballo al galope; ella tenía las riendas pero no las usaba. La mujer maravillosa quería que yo me desbocara.

GUARDIÁN (con la mano en el revólver).- Devuélvame mi espejo.

ÉL (devolviendo el espejo al guardián).- Ahora la recuerdo mejor. Hablar me hace mucho bien.

GUARDIÁN (cogiendo su espejo).- Al psiquiatra le gusta escuchar a los condenados a muerte.

ÉL (mientras se aleja del guardián arrastrándose por el suelo como una serpiente de gran tamaño).- Ella. Ella. Ella. Ella. (Se levanta).

GUARDIÁN (incorporándose y yendo hacia la cama).- Ella. Ella. Ella. Él.

ÉL (está de pie, junto a la ventana).- Yo era un caballo desbocado.

GUARDIÁN (sentándose en la cama).- ¡Hop! (Ya está en la cama; se mueve un poco).- Me gusta estar en tu cama cuando hablas de ella. Me ayuda a comprender mejor tus mentiras. Vas a oír lo que voy a decirte. Han revelado rapidísimamente las seiscientas fotografías que te hice durante la noche, y yo acabo de verlas. Tú...

ÉL (con rabia).- Yo no soy tú para usted.

GUARDIÁN (conciliador).- Perdone, no volverá a ocurrir. (Se interrumpe, pero pronto prosigue.) Usted está absolutamente solo en todas las fotografías. Ella no aparece por ninguna parte. Tampoco aparece la cicatriz; las fotografías demuestran que el hombre condenado a muerte tiene una cara lisa, vulgar, de empleadillo que viaja en metro y se apea en la séptima estación, dispuesto a trabajar lo menos posible.

ÉL (indignándose).- ¡Mi cara es la cara de un asesino a sueldo! Estoy apeándome en la séptima estación, pero no me dirijo a la oficina. Llevo un rifle carísimo escondido dentro de la caja de un instrumento musical. Voy a matar a un jeque árabe, pero nunca me he sentido tan tranquilo, tan seguro de mí mismo. No necesito chaleco antibalas: una fotografía de la mujer maravillosa protege mi corazón. (Se sienta.)

GUARDIÁN (mordaz).- Voy a darle una idea, será una prueba de mi bondad. Fotografíe a la mujer maravillosa cuando ella vuelva aquí para verle. Hágale cien fotos en la oscuridad de la celda, desde donde está usted ahora. Revele inmediatamente las fotos, y escóndalas luego entre las páginas de los libros de la estantería. Échese entonces en la cama, sin pensar en nada, confiado, fumando un poco. Mire de vez en cuando los libros que el alcaide trajo aquí desde la biblioteca de la prisión, porque dentro de los libros estarán las fotos de una maravillosa mujer desnuda. Espere tranquilamente la llegada del día de la ejecución. (El guardián advierte que el cordón de uno de sus zapatos está desatado; lo ata. Prosigue su discurso, siempre mordaz.) Yo vendré a buscarle ese día, un día de otoño; usted se habrá cubierto el cuerpo con las fotografías de la mujer maravillosa, pero nadie notará nada. Le conduciremos al campo de tiro abandonado; allí le aguardarán, fumando entre una niebla de girasoles, los mejores tiradores del mundo; los tiradores estarán deseando fusilarle para irse a la ciudad, para desayunar en sus casas decoradas con medallas olímpicas. Pero las fotografías serán escudos, y no podrán matarle. Todos hablarán de la voluntad de Dios, y le dejarán libre, le perdonarán.

ÉL (tapándose los ojos con las manos).- Me perdonarán. Yo mataré al jeque con una sola bala de oro, y abrazaré a la mujer; ella dirá que soy un desalmado, y yo lo negaré, porque yo ya tengo alma: mi cicatriz.

GUARDIÁN (duro).- Me avergüenza que mi hija se haya enamorado de usted, pero debo admitir que fui yo quien lo hizo posible: llevé a mi casa todas las fotografías que le hice a usted. Había decenas de carpetas rojas repletas de fotos; carpetas rojas hinchadas como bebedores de cerveza invadiendo el comedor y enrojeciéndolo.

Aquí se produce un pequeño milagro, un milagro artificial pero importante: el guardián, herido por sus recuerdos, se tiende en la cama cuan largo es; levanta luego los brazos, que apuntan al techo, y se ablanda y debilita rapidísimamente, en cuestión de segundos. El público verá, sorprendido, cómo el guardián agita los brazos.

Él ya no tiene los ojos tapados, y asiste a la transformación del guardián mientras da dos o tres pasos hacia la cama, después de haberse levantado ágilmente del suelo. Él, como el público, no entiende del todo lo que está pasando.

El guardián habla tristemente:

GUARDIÁN.- Las carpetas reventaron, y mi hija vio las fotografías, las vio todas. Mi hija se encerró en su cuarto, diciendo que me odiaba. Se había enamorado de usted.

ÉL (está de pie, quieto; voz anónima, de nadie, neutra).- No entiendo, no entiendo, no entiendo. No entiendo lo que usted dice; deme tiempo.

GUARDIÁN (más tristemente).- No hay nada que entender; la mujer maravillosa no existe, pero mi hija vive. Y me odia, mi propia hija.

ÉL (hablando lentamente).- Yo también odio al guardián; su hija y yo le odiamos. (Hablando más lentamente aún.) La hija del guardián es la mujer maravillosa, y está enamorada de mí, daría la vida por mí.

Él se arrodilla: es como si despertara; sonríe casi feliz mientras mira al público. Luego enciende una linterna que nadie había visto y que estaba en el suelo.

El guardián se tapa la cabeza con la almohada. Considero fundamental que una mujer haya bordado un tigre en la funda de la almohada.

ÉL (con la linterna en la mano; de rodillas).- La mujer maravillosa se llamaba Ella.

GUARDIÁN (débilmente).- Mi hija se llama Ella.

ÉL.- Ella, Él. Ella, Él. Ella, Él.

Escena 2.

Pocas horas después.

Seguimos en la celda de Él, que es la mejor de la prisión. En la celda las cosas no han cambiado mucho en los últimos tiempos, pero han cambiado un poco. Los libros, la televisión diminuta, el florero, la ventana, el pájaro silencioso y la cama siguen en su sitio; la linterna sigue en el suelo y está apagada. Ha aparecido un reloj enorme: ocupa un círculo de pared, junto a la ventana; el público lo ve y cree que funciona perfectamente. Corren rumores que afirman que el alcaide robó el reloj en la estación del ferrocarril; el reloj es igual a los que hay en las estaciones del ferrocarril para que los viajeros no pregunten la hora repetidas veces. Ha aparecido una gigantesca fotografía del alcaide. La fotografía está enfrente del público, como la ventana y el reloj. El alcaide es un hombre viejo de aspecto extraordinariamente bondadoso; fue piloto en la guerra, pero usa gafas. ¿Quién le habrá peinado tan magníficamente?

El hombre condenado a muerte está solo; se ha metido en la cama, tiene los ojos cerrados y su nariz apunta al techo; parece dormido. Hay una cantidad razonable de espuma de afeitar muy blanca en las mejillas y la barbilla de Él; la espuma de afeitar debe permanecer donde está durante todo el tiempo posible. El pelo del hombre condenado a muerte ha crecido imperceptiblemente, y el público no lo percibe. Él lleva puesto un pijama a rayas, un viejo pijama de presidiario; los pijamas de presidiario suelen ser alegres, rayas rojas y rayas blancas, como el pijama de Él, pero no están hechos a medida.

Él parece dormido; transcurren 10 segundos, entonces Él sale de la cama y camina hacia el público.

ÉL (empieza a hablar al detenerse).- Yo no dormía, yo no duermo nunca, el insomnio es mi verdadero pijama, un pijama que no es de mi talla, un pijama muy doloroso y muy limpio, porque me hace pensar en Ella, porque me obliga a verla con los ojos cerrados. (Se sienta en el suelo y cierra los ojos.) Creo que no la he visto jamás, no la recuerdo; quizá estuvo conmigo en la cama, en la oscuridad de la celda, bajo la lluvia, una lluvia fina, una tormenta que nos obligaba a buscarnos y a sentir, una tormenta, un rayo que me empujaba llevándome a la piel de la mujer maravillosa, yo no me atrevía a besarla después

de tantos años, pero la tormenta era interior y me empujaba, soplaban un viento furioso que arrancaba árboles y transportaba semillas, los campos muertos y quemados me pedían que la besara, los pájaros silenciosos gritaban y me pedían que gritara. (Abre los ojos y sonríe.) Estoy sudando, es el cansancio, la prisión me cansa mucho, porque en ella todo miente: el reloj que robó el alcaide en la estación del ferrocarril miente, la fotografía del alcaide miente, hasta la espuma de afeitar que me tapa la cara miente, porque me entierra y me disfraza de payaso. (Se levanta, da la espalda al público, camina hacia el reloj, ya está junto a él, lo está mirando.) Este reloj parece perfecto, es un reloj suizo, pero el alcaide ha estado jugando con él y ahora adelanta muchísimo: los días pasan rápidamente, y los presidiarios envejecemos más rápidamente aún, por eso las mujeres nos desprecian cuando salimos libres, no pueden creer que seamos nosotros, al salir de la prisión todos llevamos dentadura postiza y nos encanta tomar el sol en los parques, tristes encima de un banco de madera. (Él olvida el reloj y recuerda la fotografía del alcaide, ya está junto a ella, la está mirando.) Esta fotografía es del alcaide, la hizo el guardián. El alcaide pilotó un avión durante la guerra, y le derribaron, le derribaron, le derribaron. (El hombre condenado a muerte se mete debajo de la cama, y aparece pocos segundos más tarde con un dardo en una mano. Avanza unos metros en dirección a la fotografía, que es gigantesca, y arroja el dardo contra la cara del alcaide. El público se sorprende cada vez más, porque no es demasiado inteligente.)

TELÓN

ACTO II.

Escena 1.

Un día después.

Estamos en la sala de visitas de la prisión. Una reja formada de barras de hierro pintadas de amarillo divide en dos partes la sala de visitas; la reja va de izquierda a derecha del escenario, desde el punto de vista del espectador.

Hay dos personas: Ella y Él. Ella y Él están separados por la reja.

Él se encuentra más cerca de los espectadores que Ella, pero les da la espalda: nadie ve su cara, excepto Ella. Él se ha sentado en una silla metálica amarilla y apoya los codos en la mesa metálica que tiene delante; ve la reja, y a Ella detrás de la reja. El traje de Él parece un sencillo traje de presidiario a rayas blancas y azules, pero no es así: es el traje de los domingos.

Ella se encuentra más alejada de los espectadores; está enfrente de ellos, pero sobre todo enfrente de Él; su silla es idéntica a la otra, pero su mesa no está vacía: descansan en ella un paquete luminoso, un bote de pintura y un pincel. Ella tiene el pelo largo; Ella ha tenido que ponerse un traje de presidiario, pero todos sabemos que es una mujer muy guapa vestida de presidiario, aunque la reja nos impide verla bien.

Él se levanta, vuelve a sentarse y comienza a hablar:

ÉL (su voz no tiembla).- Tú eres Ella, la mujer maravillosa, la hija del guardián, pero no me conoces, por eso acabo de ponerme de pie, para que conozcas mi estatura, para parecerte tan alto y tan fuerte como aquella torre francesa, no sé pronunciar el nombre de aquella torre, tampoco sé pronunciar los nombres de las actrices francesas, pero ya no siento vergüenza, porque me he convertido en un valiente, en un asesino, porque tú me quieres y me visitas. (Tose un poco.) Estoy tosiendo, siempre toso cuando el invierno crece dentro del otoño, tú me protegerás el día de la ejecución, he tenido una buena idea mientras fumaba, te fotografiaré desnuda y me vestiré con tus fotos, las balas rebotarán en mi pecho cuando los tiradores me fusilen.

ELLA (su voz tampoco tiembla).- No entiendo lo que dices, pero me gusta no entenderte; es como si tuvieras fiebre, como si tu frente ardiera para permitirte viajar dentro de la

prisión. (Abandona la silla y se aleja de él; está mirando al público, sus ojos casi tocan la reja.) La reja está llena de agujeros.

ÉL (sin expresar emoción alguna).- Los agujeros de la reja son trampas.

ELLA (mientras regresa a su silla).- Yo soy Ella, pero no sé si soy la mujer maravillosa.

ÉL (encendiendo un cigarrillo que llevaba en el bolsillo junto con una caja de cerillas).- El cigarrillo está un poco roto y no hay cenicero, pero tú eres la mujer maravillosa.

ELLA (alegremente).- Ayer fui a la mejor tienda del planeta; llegué allí en un autobús de la línea 82; la línea 82 sirve únicamente para ir a la mejor tienda del planeta.

ÉL (contento).- Te equivocas: no es la línea 82, es la línea 84. Los autobuses de la línea 82 son blancos y no tienen asientos ni cobradores; los autobuses de la línea 84 son automáticos y no necesitan conductor.

ELLA (curiosa).- ¿Cómo lo sabes?

ÉL (fingiendo indiferencia).- Corren rumores, y yo soy un buen cazador de rumores.

ELLA (impacientándose).- No digas tonterías.

ÉL (tristemente).- Yo no digo tonterías a la mujer maravillosa.

ELLA (arrepentida).- Tú no dices tonterías.

ÉL (menos tristeza en su voz).- Tuve una corazonada, la línea 84. Tuve una corazonada porque estaba mirándote.

ELLA (más contenta).- Miles de hombres y mujeres de países lejanos abandonan sus hogares para ver la tienda; viajan a caballo incendiando campos y trigos; viajan a pie para rezar en las iglesias; son hombres y mujeres que enloquecieron en la estepa; son los nuevos peregrinos.

ÉL (maravillado por las palabras de la mujer maravillosa).- Los peregrinos, el viento, la vida. (Apaga el cigarrillo en la mesa metálica; Él olvidó el cigarrillo inmediatamente después de encenderlo, pero no lo dejó caer.) Los peregrinos, el viento, la vida. (Se levanta, coge su silla, alza su silla, la tira al suelo, vuelve a coger la silla, la coloca donde estaba, se sienta en ella.) Las sillas metálicas no se rompen jamás.

ELLA (mirándole ajena a la reja).- Fui a la tienda más cara del planeta para comprarte una corbata.

ÉL (voz cansada).- Una corbata, los peregrinos, el viento, la vida, el día de la ejecución.

ELLA (intentando hacerle feliz).- Es una corbata casi mágica.

ÉL (feliz).- Soy feliz, aquella noche contigo en la celda, aquella noche no existió, pero no importa, yo estaba solo, sin la maravillosa mujer, pero no importa, la mujer del diablo y

del cielo, ella también soñaba, muy lejos, pero no importaba, porque aquella noche mi soledad era pequeña y yo podía aplastarla, estrangularla, mi soledad era una mosca devorada por una araña, tú eras suave y luminosa, tan luminosa como el paquete luminoso, luciérnaga, lago, bosque sueco de abedules.

ELLA (abriendo el paquete luminoso).- Aquí guardo tu corbata de lujo. Tu corbata es un poco extraña. (Se levanta y muestra la corbata al público; el público, cada vez más sorprendido, advierte que la corbata es una linterna encendida: Ella agita la linterna, apagándola y encendiéndola varias veces; se sienta y pone la linterna encima de su mesa.) ¿Te gusta?

ÉL (con una sombra de tristeza en la voz).- Me gusta; es una corbata absolutamente mágica, te ilumina más que yo; me gusta mucho cuando está encendida. (Pone los brazos en cruz.) El alcaide y los guardianes no permitirán que me la ponga, ni siquiera el día de la ejecución. (Baja los brazos unos 45 grados.) Los ornitólogos observan el vuelo de los pájaros, los presidiarios observamos las leyes de la prisión. El artículo 32 de la ley del buen presidiario dice que los buenos presidiarios no llevarán corbata jamás, ni siquiera los domingos.

ELLA (tratando de borrar la tristeza de Él).- Tú no eres un buen presidiario.

ÉL (confundido).- No te entiendo. (Mueve los brazos como un pájaro las alas.) No te entiendo, intento volar.

ELLA (sonriendo).- No sé volar.

ÉL (dejando de mover los brazos y poniéndolos en la mesa).- No sé volar.

ELLA (más seria).- Tú no eres un buen presidiario: odias al guardián, doblas cucharas y tenedores en el comedor de la prisión, eres peligroso con una navaja en la mano, matas jeques árabes. Y una cicatriz cruza tu cara.

ÉL (conmovido).- Háblame de la cicatriz.

ELLA (en calma).- Tu cicatriz existe y es muy profunda, más profunda que el misterio de la muerte; tu cicatriz es un río que no lleva agua para estar solo; tu cicatriz te afea y te embellece para atraerme.

ÉL (pensativo).- Yo era muy joven, no conocía la prisión, callejeaba, yo no era la cicatriz. Mi madre me decía que callejeaba demasiado, que iba por mal camino; yo respondía diciendo que buscaba un atajo, un camino que me llevara a la estrella más cercana, a una de esas estrellas que no flotan en el infinito, a una de esas estrellas que cayeron porque eran negras como el cuervo. Creía que la soledad me protegía, pero ahora sé que la

soledad me rodeaba como una soga rodea el cuello del ahorcado; mi vida era agua y yo naufragaba; callejeaba, callejeaba, callejeaba, en busca del atajo, entre laberintos y trozos de ciudad.

ELLA (con emoción en la voz).- Tus zapatos cantaban canciones que nadie oía, oigo el eco de aquellas canciones y quiero convertirme en ciudad para que tú repitas los nombres de mis calles, de mis plazas, de mis bares.

ÉL.- No quiero volver al pasado. (Se levanta, da tres pasos, se tiende en el suelo boca arriba, no habla, no se mueve un solo milímetro.)

ELLA (intrigada).- ¿Qué haces?

ÉL (voz lejana).- Finjo que estoy muerto. Me hago el muerto.

ELLA (enfadada).- No hagas tonterías.

ÉL (apenado).- No hago tonterías cuando estoy delante de la mujer maravillosa.

ELLA (olvidando que está enfadada).- Estoy enamorada de ti.

ÉL (en su voz hay menos pena).- Me preparo para el día de la ejecución.

ELLA (ya no necesita olvidar que está enfadada: no está enfadada).- Nadie se atreverá a dispararte, nadie se atreverá.

ÉL (no hay pena en su voz).- Bíceps, bíceps, muchos bíceps, más de un bíceps.

ELLA (alegremente).- Ornitología, ornitología, más ornitología.

ÉL (mientras se pone de pie).- Enséñeme sus bíceps si los tiene, señor alcaide.

ELLA (feliz).- Vas a hacerme reír, vas a hacerme reír, eres tan tonto.

ÉL (mientras vuelve a la silla).- Basta de juegos, seamos serios.

ELLA (asintiendo).- Sí, sí, no nos queda mucho tiempo, debemos aprovechar los minutos que nos quedan.

ÉL (sentándose).- Sí.

ELLA (mirándole con atención).- Te has afeitado hoy.

ÉL (tímidamente).- Me afeité creyendo que te gustaría; ayer por la noche, antes de acostarme, noté que había nevado en la celda, había nieve en mi cara, la nieve era espuma de afeitar y por la mañana me afeité cuidadosamente.

ELLA (continúa mirándole).- Mi padre me dijo que tú eras un hombre sucio, tan sucio como la cara de un niño salvaje, me dijo que te gustaba parecer mayor de lo que eres, me dijo que te gustaba que te humillaran para poder llorar, me dijo que te gustaba arrastrarte como una serpiente, me dijo que querías ser un mendigo con muletas, pero yo no le creía, nunca le creía, me encerraba en mi cuarto y cerraba la ventana, dormía, comía poco,

tus fotografías eran todo lo que yo necesitaba, mucho más bellas que la noche, así eran las fotografías, yo cerraba la ventana y algo se abría.

ÉL (temblando poquísimo).- Sólo quiero oír tus palabras.

ELLA (sin temblar nada).- Tu cicatriz no existe, te digo la verdad.

ÉL.- Quiero oír tus palabras.

ELLA.- He comprado pintura, pintaré una cicatriz en tu cara, será profunda como el silencio en la boca del hombre ahogado.

ÉL.- La cicatriz eres tú.

ELLA (recordando que Él está salvado).- Mi padre me dijo por qué te condenaron a muerte: te condenaron a muerte porque ninguna mujer te había querido nunca ni iba a quererte jamás: ellos tendrán que perdonarte cuando sepan que estoy enamorada de tí.

ÉL (levantándose lentamente).- Me perdonarán. (Ya está de pie.) Tendrán que dejarme salir de la prisión.

ELLA (levantándose lentamente).- Estoy enamorada de ti.

ÉL (sigue de pie).- Tú eres mi cicatriz.

TELÓN.

No sé por qué, pero espero que no haya demasiados espectadores sensibles en el teatro.